

La Virgen de la niebla



Ariadna
Aragón



La Virgen de la niebla

Ariadna Aragón



el sueño del ajolote

La Virgen de la niebla
Primera edición, 2017
© Ariadna Aragón

© Editorial Los Otros Libros
Pedro Hernández Valenciano # 36
Col. Mineral de la Hacienda C.P. 36250
Guanajuato, Gto., México
www.losotroslibros.com

Cuidado de la edición: Ana Paulina Calvillo

Los Otros Libros promueve la libre difusión del arte y la cultura; es por ello que alienta a los lectores a descargar y compartir las publicaciones de la editorial.

PERSONAJES

RAMÓN

AMALIA

LUCÍA

ROSAURA

CHEMA

JULIÁN

PAULA

MARI LUZ

TRAILERO

ESCENA UNO

Es de noche. Casa de RAMÓN, AMALIA y LUCÍA. Hay una mesa pequeña con tres sillas, un sillón viejo, una cama y, al fondo, una ventana. RAMÓN y AMALIA se encuentran en silencio intentando escuchar un ruido inusual que proviene de afuera. Tocan con fuerza a la puerta.

RAMÓN: Es la policía.

AMALIA: Baja la voz, no vamos a abrir.

RAMÓN: ¿Qué vamos a hacer, Amalia?

AMALIA: Te estoy diciendo que te calles.

RAMÓN: ¿Y si es la policía? Las luces están encendidas, saben que estamos aquí. Te dije que no podíamos hacer esto por mucho tiempo, te lo estuve advirtiendo.

AMALIA: Ya cállate, Ramón.

Tocan por segunda vez.

RAMÓN: Te dije que era peligroso y que hacía demasiado frío. La niña tiene frío, ¿no la escuchas? Está temblando, tiene mucho frío. Lucía está tosiendo, ¿no la escuchas, Amalia? Está tosiendo y la policía viene a buscarnos por eso, porque hace frío, porque la niña tiene frío y está tosiendo.

AMALIA: ¿Qué cosas estás diciendo? Ya cállate, Ramón.

Tocan de nuevo. Permanecen, desesperados, en silencio un momento.

RAMÓN: Voy a abrir.

AMALIA intenta detenerlo. RAMÓN abre la puerta. Oscuro.

§

ESCENA DOS

Es de noche. ROSAURA platica con CHEMA en la cabina de su tráiler, estacionado a la orilla de la carretera. CHEMA le entrega una hoja de papel con una fotografía impresa, pero ROSAURA no la acepta.

ROSAURA: Si la quiero, te la pido.

CHEMA: Ándale, acéptala.

ROSAURA: Es que no la necesito.

CHEMA: Todos la necesitamos de vez en cuando. Ándale, quédate con ella. Para que te me proteja. *(Besa la mano de ROSAURA e intenta hacerla tomar el papel de nuevo.)*

ROSAURA: No la quiero, Chema. Está muy fea.

CHEMA: ¿No te gusta? Pero si está bien bonita, es la Virgencita de la niebla.

ROSAURA: ¿Qué Virgencita va a ser esa,

Chema? Ve nada más en qué papel la traes. Mejor regálame una estampita de las normales. Yo a ésta ni siquiera la he visto en las iglesias.

CHEMA: Pues no, pero ahora que me cumpla mi milagro que le estoy pidiendo, ya veremos si no hago que la pongan en un altar, así de grandote, en el mero centro de un templo y en todos los calendarios de año nuevo.

ROSAURA: Pues por mientras, guárdala, o tirla, o a ver qué haces con ella, pero ya no quiero verla.

CHEMA: ¿Cómo crees que la voy a tirar, Rosaura? Lo que pasa es que así en foto no se aprecia. ¿No quieres ir a conocerla? Está aquí cerca.

ROSAURA: No, hace mucho frío. Prefero quedarme aquí, contigo. (*Lo besa y CHEMA la toca.*)

ROSAURA: ¿Y qué le pediste? Si puede saberse.

CHEMA: Oh, eso no se cuenta.

ROSAURA: Ándale, dime. Qué tal que yo quiero lo mismo y hasta te ayudo a pedirle. (*Desabrocha el cinturón de CHEMA.*)

CHEMA: Espérate, Rosaura. La otra vez dijimos que no íbamos a hacer esto por un tiempo.

ROSAURA: Pues ya pasaron dos semanas.

CHEMA: Pues sí, pero dijimos que ya no íbamos a hacerlo hasta que te decidieras.

ROSAURA: Ay, Chema, mi Chema, si yo te quiero.

CHEMA: Si me quisieras, no me andarías escondiendo.

ROSAURA: Si no te escondo, ¿por qué dices eso? Otra cosa es que nunca salgamos juntos a la calle porque preferimos estar guardaditos, no sé qué haciendo, pero ya habrá tiempo. No te me desesper-

res, nomás necesito arreglar unas cosas con mi marido primero.

CHEMA: Eso me vienes diciendo desde hace dos años y nomás no veo que mejoramos. Yo te quiero en mi casa y nomás pa mí, Rosaura.

ROSAURA comienza a besarlo y CHEMA la toca de nuevo. Cuando baja el cierre de su pantalón, CHEMA la detiene.

CHEMA: Que no, Rosaura. Yo contigo quiero las cosas bien, no nomás eso. *(Se cierra el pantalón y se aparta de ROSAURA).*

ROSAURA: Órale pues, está bien. Nomás luego no vayas a andarte quejando de que me viste en otro lado. Y ya mejor dime de qué querías hablar conmigo, porque ya se me está haciendo tarde.

CHEMA: ¿Pues qué vas a hacer, o qué? ¿A poco andas muy ocupada?

ROSAURA: ¿Para qué preguntas si ya sabes? Tengo que ir a ver a alguien.

CHEMA: Pues dile que te espere, que estás conmigo y que te vas a tardar.

ROSAURA: Esto es entre tú y yo, Chema, entre tú y yo... Nada más. ¿Qué era lo que me querías decir?

CHEMA: Que, la verdad, creo que prefiero que no nos veamos ya... Por un rato, digo. Así tú arreglas tus asuntos y yo los míos. Y ya cuando quieras las cosas bien, pues ya vemos si todavía se pueden hacer. La verdad, esto ya me está haciendo más mal que bien.

ROSAURA: Ay, Chema, y yo que te quiero tanto. Además, ya te he dicho que sí me caso contigo. Yo sí me veo hasta teniendo chiquillos y toda la cosa, pero no ahora.

Se quedan callados. CHEMA toma la hoja con la imagen de la Virgencita.

ROSAURA: Me vas a acabar perdiendo por andar de desesperado. Ahora sí que todos han ido y venido, pero tú te has quedado siempre conmigo. A ver, dime,

¿qué más quieres? Guapa, cariñosa y bien trabajadora; ahora sí saliste ganón. ¿Por qué eres tan impaciente, a ver? Si nomás te estoy pidiendo que me des tiempo para arreglar unas cosas que tengo pendientes.

CHEMA permanece en silencio viendo la fotografía.

ROSAURA: Ya no te me enojés. ¿Cómo dices que se llama?

CHEMA: Es la Virgencita de la niebla. Bueno, así le llamamos entre los trailereros para que se acostumbre a nosotros y nos proteja.

ROSAURA: Pues está medio rara, me da como cosa eso de que nomás se le vea la cara.

CHEMA: Ya ni digas nada, tú ni la conoces. Todo oye. En el poquito tiempo que lleva ahí, ya ha cumplido varias peticiones.

ROSAURA: Pues a ver si contigo es igual de milagrosa. Ya me tengo que ir a trabajar,

pero te busco mañana antes de que te vayas. A ver si ahora sí me quieres terminar lo que me dejaste a medias. ¿O me vas a dejar igual otras dos semanas?

CHEMA: Ya te dije que mañana no, Rosaura.

ROSAURA: Está bueno, pues. Ahí nos vemos cuando vuelvas.

CHEMA: Por lo menos llévate la Virgencita.

ROSAURA: Ya te dije, si la quiero, te la pido. *(Abre la portezuela y baja del tráiler.)*

CHEMA: *(Se queda viendo la fotografía.)* Ay, Virgencita. Lo que me haces decirle a mi Rosaura. Con las ganas que le traigo. Pero porque me cumplas mi milagro me aguanto, te prometo que sí me aguanto.

§

ESCENA TRES

Es de noche. CHEMA continúa dentro de su tráiler. Llega JULIÁN, quien lo sorprende, golpeando la ventanilla.

CHEMA: Ora tú, ¿qué traes? No asustes.

JULIÁN: Pues tú, ¿qué andabas haciendo que estabas tan concentradito? ¿No te acabas de despachar a la Rosaura?

CHEMA: ¡Bueno fuera! Ya sabes que ahorita no puedo.

JULIÁN: Ay, ¿a poco sí prometiste eso? Yo la neta no sé cómo te aguantas. Si está resabrosa. Ahorita que la vi de espaldas...

CHEMA: Órale, órale, ese no es tu tema ni es tu vieja. A Rosaura me la respetas. Mejor súbete para hablar de eso.

JULIÁN: Na, mejor bájate tú. No vayan luego a andar diciendo que ya no quieres hacer tus cosas con ella porque yo te ando dando tus visitadas. Y de paso le echamos

un ojo a que no venga nadie.

CHEMA: *(Se baja del tráiler.)* Con el frío que hace.

JULIÁN: Sirve que se te baja lo caliente que andas.

CHEMA: Bueno, ya. Mejor dime si ahora sí se va a hacer, o de nuevo nos vamos a tener que esperar.

JULIÁN: No. Ahora sí, mañana en la noche acabamos con eso. Hay que aprovechar que es viernes y el Francisco se queda hasta tarde haciendo las cuentas.

CHEMA: Sirve que hasta se justifica más el “asalto” si tiene ahí el dinero.

JULIÁN: Sí. Además, el Samuel ya me anda urgiendo. Que ya tiene varios viajes programados para llevarse gente al otro lado.

CHEMA: ¿Nomás gente?

JULIÁN: Pues quién sabe, ahí sí yo no me meto. El hecho es que él cuenta con que ya va a poder hacer uso de los camiones del concuño para esa fecha.

CHEMA: Está bueno. Mañana, entonces.

JULIÁN: Por cierto, también te iba a decir que sí me tuve que conseguir quién me ayude. Le estuve calculando y uno solo, hacer que parezca un asalto, está recanijo.

CHEMA: ¿Para qué otro? A mí no me gusta eso. Mientras más gente se entera, se pone más peligroso y encima hay que andar repartiendo. Además, ¿qué no va a ir Samuel con nosotros?

JULIÁN: No, ese qué va a andar yendo. Si para eso paga. Para deshacerse de la culpa del muertito e ir muy en su papel de familiar dolido al entierro. Aparte el güey que te digo no es de esos, éste hace lo que sea con tal de que lo pase al otro lado. Vas a ver que ni nos va a pedir dinero, está remenso.

CHEMA: Uf, no mames, sí suena bien confiable. No, Julián, ¿para qué nos arriesgamos? Ya está bien así como lo tenemos planeado.

JULIÁN: Pues sí, se escucha bien bonito. Pero, a ver, ve tú solo y hazlo.

CHEMA: Yo me voy a llevar el cuerpo de Francisco en el tráiler, cabrón. No mames... Para mí que le andas sacando.

JULIÁN: No le saco güey, hasta parece que no me conoces... Pero hazme caso. El tipo este que te digo, sí es bien necesario.

CHEMA: ¿Quién es, o qué?

JULIÁN: Lo conozco desde hace un rato. Anda bien necesitado.

CHEMA: ¿Y le explicaste bien lo que hay que hacer?

JULIÁN: Pues sí... Más o menos.

CHEMA: ¿Cómo que más o menos? No

mames, pinche Julián. Esto es de mucho cuidado, no nos puede salir mal.

JULIÁN: N'ombre, yo lo tengo todo controlado. Además, ni que lo fuera a poner a él a hacer la parte pesada. Esa la hago yo mero. Nomás que sí necesito dos ojos más pa' vigilar bien que no haya nadie donde no debe haberlo.

CHEMA: Yo digo que no güey, pero como tú veas. Nomás que sí te advierto que yo sí me pelo si las cosas no salen como esperas.

JULIÁN: Que no. Ya deja de echar sal, pinche Chema. Si no fueras tan cobarde no tendría que andarme consiguiendo a nadie.

CHEMA: Yo no le hago a eso. Además, a mí no me pueden ver por allá.

JULIÁN: Hasta crees que el Francisco te va a reconocer. Con cuántos no habrá encontrado a la Rosaura.

CHEMA: Bueno, ya estuvo, ¿no? Aparte, ya sabes que yo con poder tener pa mí solito a mi Rosaura y con tantita lana, ya me doy por bien servido.

JULIÁN: Anda tú, no pides nada. Y yo que pensaba que con el amor de la viudita te bastaba.

CHEMA: N'ombre. Si estoy bien enamorado, pero tampoco soy pendejo.

JULIÁN: Es nomás la desesperación que te trae tonto.

CHEMA: Ándale.

JULIÁN: Mugres viejas, a lo que lo orillan a uno.

CHEMA: Sí, hombre. Bueno, ya vete pues. ¿O me vas a acompañar a entregar el trailer?

JULIÁN: N'ombre, qué te voy a andar acompañando. Jarioso que andas.

CHEMA: Oh, yo nomás decía. (*Se sube a su tráiler.*)

JULIÁN: Quién lo iba a decir, ¿verdad? Pobre del Francisco. Ser dueño de tanto camión, para que al final acaben cargando tu cadáver adentro de uno.

CHEMA: Pues ya se ahorró la carroza. (*Rien.*) Voy a pasar a ver a la Virgencita de la niebla, ¿no vas?

JULIÁN: Na, esas son cosas de ustedes los trailereros. Ahí le pides porque este asunto nos salga como queremos.

CHEMA: Ándale, ya me imagino yo pidiéndole eso. Si yo nomás le pido tener a Rosaura pa mí solito, nomás eso.

JULIÁN: Que indirectamente es lo mismo, ¿qué no?

CHEMA: Pues sí, pero ya no se oye tan feo.

JULIÁN: Mira nomás. Pues ya estás. Ahí

nos vemos mañana, para ultimar detalles antes de irme para allá.

CHEMA: Órale pues, así le hacemos.

JULIÁN se va. CHEMA arranca.

§

ESCENA CUATRO

Es de noche. ROSAURA se encuentra parada cerca de la carretera. Pasan hombres que la saludan o le gritan “piropos” desde los coches. PAULA camina a lo lejos y ve a ROSAURA. Intenta pasar desapercibida, pero ROSAURA le habla.

ROSAURA: ¡Paula!

PAULA: Rosaura, ¡qué milagro! ¿Qué andas haciendo tú por acá?

ROSAURA: Aquí tomando el fresco, ¿cómo la ves?

PAULA: Y vaya que sí está fresco, ya mejor te habías de ir para tu casa. ¿Qué necesidad tienes de andar escuchando a tanto viejo grosero?

ROSAURA: Vieras que ni oigo nada, yo vengo a lo que vengo. Mejor dime tú qué andas haciendo, con este frío, fuera de tu casa.

PAULA: Vine a entregar una ropa.

ROSAURA: Ay, sí. Tan lejos de tu rumbo y a estas horas.

PAULA: En serio. Tenía varias docenas retrasadas. Pero ahora sí ya me voy, que ya más noche sí se pone peligroso.

ROSAURA: Peligroso, ¿cómo?

PAULA: Pues ya ves que una no debe andar en la calle tan tarde. Luego se pres-
ta a confusiones. ¿Por qué no mejor te vas con las muchachas de la otra cuadra? Para que sea más seguro y no tengas que estar tú sola aquí parada... Hasta sirve que así no trabajas tan cerca de tu casa.

ROSAURA: A ver, a ver, a mí ni me confundas, que yo no soy de esas. Yo sí tengo a mi marido para que me mantenga. Ya que una quiera darse sus caprichos por una misma es otra cosa.

PAULA: Ah... ¿Ya regresaste con él? ¿A poco lo estás esperando para que pase por ti?

ROSAURA: Mírala, si bien informadita que estás. Pues en eso ando. Vieras que ahora sí me está costando trabajo, pero al rato se contenta. ¿O a poco crees que se va a perder de despertar todos los días con la Rosaura que todos quieren?

PAULA: Pues a lo mejor ese era el problema, ¿no? Que ya hace rato que se estaba perdiendo de eso.

ROSAURA: Síguete, Paula. Que yo no me trago eso de que andas aquí por cosas de trabajo.

PAULA: Bueno, ya estuvo, ¿no? Ahí muere. Nos vemos después. (*Avanza unos pasos. ROSAURA la detiene.*)

ROSAURA: Oye, Paula, a ti que te gusta lavar ropa, ¿no tendrás tiempo en estos días de ayudarme con la mía? Ya hace mucho que no lavo y ya tengo una pilota.

PAULA: Híjole, Rosaura, ahora sí se me hace que no se va a poder. Como ya tengo mis patronas que son las mismas siem-

pre, ya no me queda tiempo para trabajos extras.

ROSAURA: Pues no parece, ¿eh?

PAULA: Írala, luego luego con la mente cochina.

ROSAURA: Bueno, pues, ya veré cómo le hago.

PAULA: Ahora que, si quieres, hay una muchacha que también lava, y ella sí toma todo lo que le caiga.

ROSAURA: ¿Y a ella dónde la encuentro, o qué?

PAULA: Es la esposa del velador de la pensión de los camiones, tienen su casita ahí cerca. Vas a la pensión y ahí preguntas por ella.

ROSAURA: Órale, en estos días me doy una vuelta.

PAULA: Ándale, nos vemos. Y cuídate,

que te proteja la Virgencita de la niebla.

ROSAURA: A ver, espérate. ¿Qué Virgen es esa o por qué hablan tanto de ella?

PAULA: Pues yo no la he visto, pero ya ves que los muchachos de los trailers dicen que es muy milagrosa.

ROSAURA: ¿Y dónde está? ¿Tú sabes?

PAULA: La verdad no te sabría decir, ya ves que los trailers recorren distancias largas. Yo creo que les queda de pasada. ¿A poco necesitas que te haga un milagrito?

ROSAURA: N'ombre, pura curiosidad. Ya van varias veces que oigo hablar de ella y pues, tampoco está de más encomendarse a algún santito para que nos proteja.

PAULA: Eso sí es cierto. Yo le pedí una cosa, pero como nunca he ido a verla ni nada, a lo mejor ni se ha enterado.

ROSAURA: Pues, depende de qué le hayas pedido.

Se ve la luz de un tráiler que se acerca.

ROSAURA: Ya llegaron por mí, ahí luego platicamos, te vas con cuidado. Que te proteja la Virgencita de la niebla. (*sale.*)

PAULA: (*La observa.*) Está recaderona, hasta se ve fea (*Sale.*)

§

ESCENA CINCO

Es de noche. Casa de RAMÓN, AMALIA y LUCÍA. Las luces están apagadas, pero entra luz del exterior a través de la ventana. RAMÓN guarda cosas en una mochila. AMALIA y LUCÍA están acostadas en la cama. LUCÍA tose por momentos. RAMÓN intenta no hacer ruido para no despertarlas. Se cuelga la mochila en la espalda y sale sigilosamente de la casa.

§

ESCENA SEIS

Es de noche. ROSAURA espera a CHEMA recargada en su tráiler. Llegan JULIÁN y CHEMA.

JULIÁN: Pero que sí sea lejos, Chema. No lo vayas a tirar aquí a la vuelta.

CHEMA: *(Ve a ROSAURA.)* Espérate, güey. Cállate. *(Se ocultan para que ROSAURA no los vea.)*

JULIÁN: ¿Qué hace aquí la Rosaura?

CHEMA: No sé, güey. Le dije que ya no iba a verla hasta que volviera.

JULIÁN: Pues, parece que no entendió. Cómo la traes, ¿eh? Se me hace que la próxima que vayas con la Virgen, sí voy contigo y le hago la misma promesa. A ver si la mía me persigue de esa manera.

CHEMA: Ni que fuera amarre, güey. Además, ahorita no está bien que esté aquí. Ya mejor te habías de ir, no quiero que nos vea.

JULIÁN: No se vaya a poner celosa, ¿verdad?

CHEMA: No mames, Julián.

JULIÁN: Ya me voy, pues. Recojo la fusca y te espero allá.

CHEMA: Sí... Ahorita nos vemos.

JULIÁN: No te vayas a distraer con esta vieja, ¿eh, cabrón? Acuérdate que tenemos bien mediditos los tiempos.

CHEMA: No te preocupes. Nomás deja hablo con ella, luego voy rápido a recoger la carga del tráiler y ya me lanzo directo para allá.

JULIÁN: Está bueno. Ahí nos vemos... No te vayas a tardar de más.

CHEMA: N'ombre.

JULIÁN: Ya estás. *(Sale.)*

CHEMA: *(Llega a donde está ROSAURA.)*

¿Y ahora tú? ¿Qué andas haciendo por acá?

ROSAURA: Esperándote, ¿qué más? Aunque a ti ni parece que te dé gusto verme.

CHEMA: Cómo no me va a dar. Nomás que no me tienes muy acostumbrado a este tipo de sorpresas. Contigo puros malos tratos.

ROSAURA: Ay, ¿y contigo no? Hace dos semanas que te ando buscando y ni me pelas.

CHEMA: Pues tú, que nomás me buscas pa puras cosas malas. (*La besa.*)

ROSAURA: Bueno, ya mejor te digo a lo que vine, porque sé que ya te vas y no quiero quitarte mucho tiempo.

CHEMA: Tú dirás.

ROSAURA: ¿Todavía tienes la imagen de la Virgencita que me enseñaste el otro día?

CHEMA: Pues, claro, la llevo conmigo a

todos lados.

ROSAURA: ¿Y crees que me la podrías prestar?

CHEMA: Pues... sí. Nomás que ahora me voy a ir sin ella al viaje. Me hubieras dicho para hacerme otra antes.

ROSAURA: Tienes razón. Mejor llévate-la y me la prestas cuando vuelvas.

CHEMA: N'hombre, ¿cómo crees? (*Saca la hoja de papel, con la imagen de la Virgencita impresa, de la bolsa de su pantalón y se la entrega.*)

CHEMA: Yo me siento más tranquilo de que tú la tengas.

ROSAURA: (*Lo besa.*) Vete tranquilo que yo le pido por ti.

CHEMA: No, pues, así nada malo me puede pasar. (*Se besan.*)

ROSAURA: Oye, y... ¿Llevas mucha prisa?

CHEMA: Pues, algo. Tengo que ir por la carga del tráiler y luego ya cojo carretera.

ROSAURA: Bueno, ya vete, pues. No te quiero entretener.

CHEMA: Nomás, antes de irme, contéstame algo.

ROSAURA: ¿Qué quieres saber?

CHEMA: ¿Te vestiste así, nomás para venir a despedirte de mí?

ROSAURA: Pues no nada más pensaba venirme a despedir, pero sí. Me arreglé así para ti. Para que te vayas con esta imagen y andes con dolor de panza dos semanas.

CHEMA: Ay, Rosaura, Rosaura.

ROSAURA: Ahora que, si quieres, te puedo liberar de todo sufrimiento en este momento. *(Lo acaricia de manera sugestiva.)*

CHEMA: No me hagas esto, Rosaura.

Sabes que no puedo. Ya no por otra cosa, sino porque tengo bien cerrado el tiempo.

ROSAURA: Bueno. Pues, entonces, ahí nos vemos luego. Que te proteja la Virgencita de la niebla.

ROSAURA le da un beso y se aleja. CHEMA ve su reloj y duda. Corre detrás de ella.

CHEMA: ¡Rosaura!

§

ESCENA SIETE

Es de noche. Terreno baldío cercano al pueblo. JULIÁN espera a RAMÓN. Lo ve venir a lo lejos.

JULIÁN: ¡Apúrale, güey! (*RAMÓN llega a donde está él.*) ¿Por qué te tardaste tanto? Te dije que puntual. Si no es porque el Chema viene retrasado, no llegas.

RAMÓN: Perdón, es que llevo ya buen rato caminando. Traigo los pies bien cansados. ¿Ya nos vamos?

JULIÁN: No. Tenemos que esperarnos aquí hasta que veamos pasar el tráiler por esa carretera de allá abajo. Así que aprovecha para descansar en lo que llega, porque luego sí viene lo pesado.

RAMÓN se sienta y se quita los zapatos.

JULIÁN: Ya ni te quites los zapatos, ya mero nos vamos.

RAMÓN: Nada más tantito, ya no los

aguanto. (*Saca una lata de cerveza de su mochila y bebe de ella.*)

JULIÁN: ¿Sí sabes que la cerveza seca la sangre? Se la dan a la gente que no coagula bien para que se les corten las hemorragias y las mujeres la usan para no embarazarse tanto, ni tan seguido. Dicen que seca los líquidos del cuerpo.

RAMÓN: ¿Es cierto eso?

JULIÁN: (*Se ríe de RAMÓN.*) N'ombre, qué va a ser cierto. O la verdad, quién sabe. A lo mejor y nada más me lo decía mi mamá para que no tomara tanto cuando estaba más chamaco. Porque todavía estoy, no como tú. Mira nomás qué cara traes, ni parece que seas joven ya. Al paso que vas, tu niña va a terminar pareciendo tu nieta.

RAMÓN: No menciones a mi hija.

JULIÁN: Uy, tranquilo.

RAMÓN: Discúlpame, es que no he co-

mido nada y me duelen mucho los pies.

JULIÁN: Entonces ya párale a la cerveza. Si no has comido, se te va a subir y así no vas a poder trabajar bien. ¿Qué te dijo tu mujer?

RAMÓN: ¿De qué?

JULIÁN: ¿Pues cómo que de qué, güey? De que te vas pal otro lado.

RAMÓN: No lo sabe.

JULIÁN: ¿No le dijiste nada?

RAMÓN: No, para qué iba a meterme en discusiones y llenarla de preocupaciones.

JULIÁN: Ora sí la hiciste buena.

RAMÓN: Le dejé una carta, pero escondida para que no la encuentre hasta dentro de unos días.

JULIÁN: Lo bueno que no quieres preocuparla. ¿Y tu niña? ¿Qué va a hacer sin su

papá? Tan chiquita. Bueno, ya no está tan chiquita, eso hasta preocupa más.

RAMÓN: Te dije que no menciones a mi hija.

JULIÁN guarda silencio y mantiene la mirada fija en la carretera.

RAMÓN: Oye, Julián.

JULIÁN: ¿Qué?

RAMÓN: No me has dicho bien lo que vamos a hacer.

JULIÁN: Pues ahorita lo primero, lo primero, es esperar.

RAMÓN: Sí, pero después.

JULIÁN: Mira, ¿ves esas luces de allá? Es el cruce de caminos. Ahí es donde nos va a estar esperando el Samuel, el que nos va a pasar al otro lado.

RAMÓN: ¿Y sí es bueno?

JULIÁN: ¿Pasando gente al otro lado? Claro. Aunque el mero bueno era su hermano, el buen José Miguel. Era buen muchacho, pero dicen que violó a las hijas de su jefe y no se le volvió a ver. Estaban bien chavitas, pero bueno, también ellas que se andaban dando a desear de más. Luego pasó tiempo y una de las niñas salió embarazada, y para compensar el daño, pues la casaron con el Samuel. Cómo dan vueltas las cosas, ¿verdad? A lo mejor hasta conoces a su cuñada, siempre anda por el pueblo. Se llama Rosaura.

RAMÓN: No, no la conozco.

JULIÁN: Pues bueno, el hecho es que el Samuel sí es de fiar y sabe bien cómo moverse sin hacerse notar.

RAMÓN: Pero, me habías dicho que íbamos a hacer otra cosa antes de verlo a él. Que ibas a ir a un lugar y que, si te acompañaba, pues no me cobraban la pasada. La verdad, te pregunto porque no traigo ni un peso.

JULIÁN: Ah sí, mira. Ahorita que veamos el tráiler, nos bajamos en chinga, porque ya vamos retrasados. Va a estar esperándonos aquí adelante. Nos va a llevar a un lugar donde yo tengo que ir a hablar con alguien, nomás que... Si se pone difícil, pues... Vas a tener que entrar a ayudarme.

RAMÓN: Ayudarte, ¿cómo?

JULIÁN: Cuando vayamos en el tráiler te voy a dar una pistola y te la vas a guardar muy bien. Cuando lleguemos allá, tú me vas a esperar afuera, y si ves que me tardo más de diez minutos, entras. Yo te detengo al güey y tú le disparas.

RAMÓN: Yo no puedo hacer eso.

JULIÁN: ¿Cómo no vas a poder? Si está refácil. El tipo no se lo espera, así que no va a estar preparado.

RAMÓN: Pero, es que yo no sé hacerlo. Nunca he usado una pistola.

JULIÁN: ¿No me habías dicho que tu tío tenía una y que jugaban a aventar tiros?

RAMÓN: Sí, pero no es lo mismo.

JULIÁN: Sí es lo mismo, nomás que, en lugar de una botella, es la cabeza de un tipo.

RAMÓN: No, Julián. En serio, yo no puedo. *(Se gira y vomita.)*

JULIÁN: ¿Ora qué te pasa? Ya no te me puedes rajar, eso sí te lo digo.

RAMÓN sigue vomitando.

JULIÁN: Y ya párale a eso y ponte los zapatos, que no tarda en pasar el tráiler por nosotros.

RAMÓN se incorpora. Permanecen callados. JULIÁN mira, impaciente, hacia la carretera.

JULIÁN: ¿Por qué no llegas, pinche Chema? Ya es bien tarde, cabrón.

Continúan en silencio un momento.

RAMÓN: Ya sé, Julián. Yo te lo detengo y tú le disparas. Tú no vas a fallar.

JULIÁN: Na, con eso no pagas la pasada. Además, yo soy el que tiene que entrar a hablar con él. Hacemos lo que te digo, como yo te digo, y ya. No tiene por qué salir mal.

Se escucha el claxon de un tráiler en clave.

JULIÁN: Ahí está, cabrón. Órale, vámonos.

JULIÁN corre en dirección a la carretera. RAMÓN, dejando su mochila y sus zapatos, corre en sentido contrario. JULIÁN se detiene al darse cuenta.

JULIÁN: ¿A dónde crees que vas, cabrón? (*Saca una pistola y le apunta.*) ¡Regresa aquí, hijo de la chingada! (*Comienza a correr tras él, pero el tráiler pita con insistencia. Se detiene.*) ¡Chingada madre! (*Dispara y corre hacia la carretera.*)

§

ESCENA OCHO

Es de día. PAULA, MARI LUZ y AMALIA lavan ropa en los lavaderos públicos.

PAULA: ¿Tú cuánto le pagarías a la Rosaura si fueras hombre?

MARI LUZ: ¿Y ahora tú? ¿Por qué preguntas eso? ¿A poco andas calculando tu tarifa? Porque ahí sí, luego, luego, te digo que tú tendrías que cobrar mucho menos. *(Ríe.)*

PAULA: N'ombre, yo nunca haría eso. Pero el otro día que la vi, me quedé pensando en que trabajar así ha de ser bien feo.

MARI LUZ: Pues quién sabe, pero sí ha de sacarle a eso de andarse vendiendo.

PAULA: Pues yo no le pagaría ni cinco pesos, si no es para nada bonita. Nomás porque tiene esas caderotas grandotas, ya se siente como tocada por los ángeles. La mera verdad, yo estoy mucho mejor que ella.

MARI LUZ: Tampoco, tampoco, mi Paula. Nadie niega que estés guapa, pero la Rosaura, es la Rosaura.

PAULA: Pues como sea, pero a mí nunca se me hizo muy mujer de su casa. Si ya me parecía raro verla siempre de noche y muy peinada por el paso de los camiones.

MARI LUZ: ¿Y qué andabas haciendo tú a esas horas por la casa de Rosaura? Para como es el Julián, ¿a poco te deja andar tan tarde en la calle? Y más por esos lugares ¿No me habías dicho que por allá vivía un pretendiente tuyo?

PAULA: Órale, Mari Luz, no te pases. Eso ya fue hace mucho. Yo nomás andaba entregando una ropa que había lavado y por eso me la encontraba.

MARI LUZ: Ah... Pues, quién sabe, pero sí es guapa. Hasta dicen que tiene a varios enamorados en serio. Ahí lo malo es que ahora sí se quedó sin casa.

PAULA: Pues sí, ni modo que hubiera

dejado que se lo siguiera haciendo menso. Si ya le había perdonado varias. Pero ahora sí parece que la separación va en serio.

MARI LUZ: Lo que se gana con un cuerpo como el suyo, ¿verdad? Ya no sabe uno si son bendiciones o son desgracias. ¿O tú qué piensas, Amalia?

MARI LUZ y PAULA observan a AMALIA que continúa lavando la ropa y permanece callada.

MARI LUZ: ¿Y ahora tú? ¿Por qué no me contestas? Hasta ni parece que ya habíamos hecho las paces la semana pasada.

PAULA: ¿Sigues enojada por lo del otro día?

AMALIA: No, ¿qué cosa?

MARI LUZ abraza a AMALIA.

MARI LUZ: Así me gusta que sean mis amigas, dejaditas y olvidadizas. Entonces dínos qué tienes.

AMALIA: Nada más ando cansada.

PAULA: ¿Qué no dormiste bien anoche, o qué?

MARI LUZ: Esos son los meros buenos, los que no dejan ni dormir a una. Ese Ramón, ¿eh? ¡Quién lo viera!

AMALIA empieza a llorar.

PAULA: ¿Ahora qué dijiste, Mari Luz? No se vale hacerla llorar cada semana.

AMALIA: Creo que Ramón nos abandonó.

PAULA: Ay, no, Amalia, no digas eso. ¿Por qué piensas que se fue, o qué?

AMALIA: Ayer en la mañana, a la hora que sale del trabajo, no regresó a la casa. Fui a buscarlo a la pensión y tampoco estaba. Y faltan varias cosas tuyas y su mochila.

PAULA: Ay, no creo, si Ramón dices tú

que es bien buen padre. No se iba a ir así nomás.

MARI LUZ: Con los hombres nunca se sabe, Paula, aparecen y desaparecen como almas vagas. ¿No te dejó ni un recadito ni nada?

AMALIA: No.

PAULA: ¿Y Lucía?

AMALIA: Está en la casa.

PAULA: ¿Solita? ¿Pero, qué no estaba enferma?

AMALIA: Pues sí, pero, por lo mismo, ni modo que me la trajera.

MARI LUZ: Oye, Amalia, ¿y tú crees que se haya ido desde el viernes en la noche?

AMALIA: No sé, se fue a trabajar como siempre. Ya no supe nada.

MARI LUZ: Ah... Yo te lo pregunto por-

que hoy, en la mañana, dijeron que encontraron a un hombre joven, muerto cerca de la caseta.

AMALIA: ¿Quién dijo eso?

MARI LUZ: Estaban hablando de eso unos policías. La verdad no entendí bien, pero dijeron que parece que lo mataron en la madrugada de ayer.

PAULA: Ay, Amalia, es mucha coincidencia. ¿No será él?

AMALIA: No, no es él.

PAULA: ¿Te sientes bien? A ver, ven, siéntate, no te vayas a caer.

PAULA ayuda a AMALIA a sentarse y se sientan una a cada lado de ella. MARI LUZ ve las manos de AMALIA.

MARI LUZ: Ay, Amalia, que feas tienes tus manos. A ver. *(Toma la mano de AMALIA y ésta la aparta.)*

PAULA: Sí es cierto. Mira, hasta sangre tienes. Ya no deberías de lavar esa ropa, nada más vas a mancharla toda y se va a enojar contigo tu patrona.

AMALIA: ¿A qué hora escucharon lo de ese hombre?

MARI LUZ: En la mañana, a eso de las nueve. Pero ni hagas mucho caso. Ahora sí que como dicen, las malas noticias siempre se saben rápido. Además, aquí lo conocen. Cualquiera te habría dicho ya.

PAULA: Quién sabe, Mari Luz. Luego a las personas que las matan muy feo, las esconden y hacen como si no hubiera pasado nada, para no meterse en problemas con los que hicieron la maldad.

MARI LUZ: Ya cállate, Paula, nada más estás asustando más a Amalia. Aparte, eso sólo les pasa a las personas que tienen tratos raros y este no es el caso.

Mientras hablan, AMALIA se frota con fuerza las manos, que se le manchan de sangre.

PAULA: ¿No sabes si Ramón no estaba metido en nada raro?

MARI LUZ: No digas “no estaba”, que no está muerto.

PAULA: Bueno, ¿no sabes si Ramón no está metido en nada raro? Digo, es que luego una ni se entera de lo que los hombres hacen cuando salen.

MARI LUZ: ¿Cómo va a estar metido en negocios chuecos? Si fuera así, tendrían dinero. (*Ve las manos de AMALIA.*) Amalia, ¿qué estás haciendo? Déjate ya esas manos, te las vas a lastimar más. ¿No te duelen?

PAULA: Te voy a traer una crema que es bien buena. Viene en un tarrote, así grandote, para que te embadurnes bien tus manos y te amanezcan suavécitas como las de las virgencitas de la iglesia.

MARI LUZ: Bueno, pero eso ya será después. Ahorita lo que importa es asegurarnos de que el muertito no es tu Ramón. Ya

de curarte tus manos nos preocupamos luego.

AMALIA: ¿Qué estaban diciendo exactamente los policías?

MARI LUZ: Pues como te digo, lo oí de lejos y no entendí muy bien. Pero decían que había aparecido un hombre muerto, de poquito tiempo, cerca de la caseta. Que estaba joven y que traía puesta una camisa cuadrada.

AMALIA: *(Comienza a llorar de nuevo.)*
Sí es él, sí es Ramón.

PAULA: Ay, no llores otra vez. Mejor habías de ir a preguntar para que salgas ya de la duda. Capaz que estás ahí, chillando por el muertito de otra.

MARI LUZ: Sí, mejor vete de una vez.

AMALIA: Nada más termino de lavar esta ropa.

MARI LUZ: Qué vas a andar terminán-

dola, nosotras la acabamos y la entregamos.

PAULA: Sí, nosotras le avisamos a tu patrona.

MARI LUZ: Ya mejor vete, no vaya a ser que sí sea él y te lo hagan perdedizo.

AMALIA toma su monedero y se va.

PAULA: Mari Luz, ¿sí es cierto lo del hombre muerto?

MARI LUZ: Pues, ¿tú qué crees? *(Ríe.)*

Siguen lavando.

§

ESCENA NUEVE

Es de noche. Se ve la luz de un tráiler que se acerca y se detiene. Se escucha la voz de ROSAURA.

ROSAURA: No te preocupes, mi Juan, ya mucho hiciste con traerme. Yo al rato consigo quién me lleve.

Se escucha la portezuela del tráiler y éste se aleja. ROSAURA camina hacia una luz que ilumina la carretera. Sorprendida, se encuentra frente a la Virgen de la niebla.

ROSAURA: Ahora sí me dejaste impresionada, eres más bonita de lo que pensaba. *(Saca la hoja de papel con la fotografía de la Virgen impresa.)* Mira, ésta me la dio mi Chema... Bueno, la verdad primero le dije que no la quería, pero antes de que se fuera a su viaje, fui a pedírsela... Virgencita de la niebla, me dijeron que te llaman. Me han hablado mucho de ti. *(Permanece en silencio un momento)*. Mira, la verdad no sé muy bien cómo se hace esto, pero voy a ser bien sincera contigo, eso sí. *(Pausa.)* Yo

sé que a lo mejor no me he portado como debiera, pero ahora sí que ese es pecado aparte, ¿no? Además, no vengo a pedirte por mí, sino por mi marido, mi Francisco. Si vieras cómo quiero yo a ese canijo. *(Pausa.)* Que si me encanta andar ahí de más con uno y con otro, pues, la verdad, sí es cierto. Pero mi marido es mi marido y lo que es querer, querer, pues sólo a él, a nadie más, y tú lo has de saber. Y ahora él tiene un problema, uno muy grave, y solo tú lo puedes ayudar para que todo salga bien. *(Pausa.)* Yo creo que tú ya lo sabes, pero hace dos noches quisieron asaltarlo y él, por defenderse, pues mató al hombre que le quería hacer daño. Y como ya encontraron el cuerpo, pues andan investigando. *(Pausa.)* En la mañana me buscó. Ya tenía tiempo que no hacía eso y pues, yo me puse bien emocionada. Pensé que era para pedirme que me regresara a la casa y que me cuenta esto. Yo estoy muy preocupada. No saben que fue él, pero en cualquier momento lo encuentran y me lo quitan, Virgencita, y él no se merece eso. Él es un buen hombre, hasta me aceptó a mí con todos mis cochinos errores. Él se

tiene que ir de aquí, se tiene que ir al otro lado y ahí es donde viene lo que yo te quiero pedir. *(Pausa.)* Yo te prometo... que, si tú lo proteges para que se vaya al otro lado sin problemas, yo hago un sacrificio bien grande... Yo te prometo que, si tú lo ayudas... yo lo deajo. *(Pausa.)* Yo sé que nunca he sido mujer para él, nomás le he dado puros sufrimientos. Y sí que me gustaría irme al otro lado con él y prometerle que voy a cambiar y que voy a empezar una nueva vida portándome bien, pero para qué nos vamos a engañar. Mejor que se vaya para allá y que tenga eso con alguien más. Así de hartito lo quiero. *(Pausa.)* Ya hace rato que ando sospechando, que no ha estado solo este tiempo que hemos estado separados. Y aunque me dijo que me fuera con él, pues, yo sé que, en el fondo, estaba esperando que le dijera que no... Y eso es lo que voy a hacer. *(Se queda un momento en silencio.)* Y también te quería decir que, ya que ando en eso, voy a hacer otra buena acción... Ya hasta parece que la Virgen soy yo. *(Le sonrío a la Virgen.)* Si ya me quedo yo sola aquí, pues, te prometo que voy a hacer al Chema bien feliz. Él sí

me quiere, yo lo sé. Y así sirve que hasta te ayudo a cumplirle el milagrito, que estoy bien segura de que eso fue lo que te vino a pedir a ti. (*Observa a la Virgen.*) Y yo que lo que quería pedirte, cuando fui a que me diera la foto el Chema, era que mi Francisco regresara conmigo. Como son las cosas, ¿verdad? O a lo mejor es que a mí, la vida ya me dio oportunidades de más. (*Permanece en silencio de nuevo.*) Pues ya me voy, Virgencita, que ya es bien tarde y todavía tengo que conseguirme quién me lleve de vuelta. Aquí te dejo una ofrendita para que te hagan más bonito tu altar, y no me olvido de mi promesa. (*Deja dinero en un recipiente que está en el suelo. Observa a la Virgen una última vez y camina hacia la orilla de la carretera.*)

§

ESCENA DIEZ

Está anocheciendo. Casa de RAMÓN, AMALIA y LUCÍA. LUCÍA está acostada en la cama. Se escucha el sonido de los camiones que pasan por la carretera. RAMÓN entra a la casa y se sienta a beber una cerveza. No lleva zapatos. LUCÍA lo ve cuando despierta.

LUCÍA: La encontré.

RAMÓN: No era para ti.

LUCÍA: Decía mi nombre muchas veces.

RAMÓN: Pero no era para ti.

Se quedan callados un momento.

RAMÓN: La primera vez no cuenta, Lucía, nunca cuenta.

LUCÍA: Lo mismo me dijiste la primera noche que hicimos eso. Que sólo iba a ser una vez y que lo olvidaríamos luego, pero lo seguimos haciendo.

RAMÓN: No me digas eso, por favor. Ahorita no quiero hablar de eso.

LUCÍA: ¿Hasta que esté oscuro? Me da miedo cuando se hace oscuro. Me da miedo cuando todo se llena de vapor y no puedo ver nada.

RAMÓN: ¿No tendrás fiebre de nuevo? *(Se acerca a ella y le toca la frente.)*

LUCÍA: Tengo frío.

RAMÓN la abraza.

LUCÍA: Ya no lo vamos a hacer, ¿verdad?

RAMÓN guarda silencio.

LUCÍA: No lo vamos a hacer hoy, ¿verdad, papá?

RAMÓN: Mira, Lucía, yo te quiero, te quiero a ti y quiero a tu mamá. Y lo que ha pasado en las noches es porque tú nos quieres a nosotros. Nada más.

LUCÍA: Tengo frío.

RAMÓN: Yo también. (*La cubre y la abraza más fuerte.*)

LUCÍA: ¿Por qué no te pones tus zapatos? Te está saliendo sangre de los pies.

RAMÓN: Así debe de ser.

LUCÍA: En la mañana, cuando me sentía mejor, cosí tus calcetines rotos para que, si regresabas, ya no te lastimaras.

RAMÓN: Gracias, Lucía, pero cuando se vuelvan a romper ya no los vayas a coser, así están bien.

Permanecen abrazados un momento.

RAMÓN: ¿Dónde pusiste la carta?

LUCÍA: Yo la tengo.

RAMÓN: Dámela y así nos olvidamos ya de eso. Y cuando llegue tu mamá, ya todo está como siempre.

LUCÍA: No, quiero guardarla.

RAMÓN: ¿Para qué quieres tener eso?

LUCÍA: Me gusta.

RAMÓN: Mejor vamos a tirarla.

LUCÍA: No, quiero guardarla. No voy a enseñársela.

Se quedan callados.

LUCÍA: Papá, ¿dónde es “el otro lado”?

RAMÓN: Un lugar que nos puede ayudar a que estemos bien los tres. A que las cosas sean diferentes para ustedes y a que tú vuelvas a dormir bien, como todas las niñas, y a estar tranquila. Siento que, si yo sigo aquí, las noches van a seguir siendo igualitas para ti y yo ya no quiero eso.

LUCÍA: Ya no hay que hacerlo.

RAMÓN: A veces hay que hacer cosas que no queremos porque se necesitan.

LUCÍA: ¿Tú lo necesitas?

RAMÓN guarda silencio.

LUCÍA: ¿Cómo son las otras niñas?

RAMÓN: Ninguna es tan bonita como tú, Lucía.

LUCÍA: Entonces no quiero ser bonita.

RAMÓN: No digas eso. La vida le da a cada persona cosas distintas, y si a ti te dio eso, es por algo.

De nuevo se quedan callados.

LUCÍA: Mira, cuando estaba cosiendo, me piqué con la aguja.

RAMÓN: A ver. (*Toma la mano de LUCÍA.*)

RAMÓN: ¿Te salió sangre?

LUCÍA: No. Y tampoco me dolió.

Se abre la puerta y entra AMALIA. Ve a RAMÓN y, por un momento, se queda callada.

AMALIA: ¿Estás aquí?

RAMÓN: ¿Dónde más podría estar, Amalia?

AMALIA ve a RAMÓN con coraje y ganas de llorar al mismo tiempo.

AMALIA: A ver, Lucía, te vas a tomar este jarabe que te compré. A ver si así se te baja esa tos tan fea que tienes.

RAMÓN: A ver, pásamelo, yo se lo doy.

AMALIA: No.

Silencio.

AMALIA: ¿Cómo pudiste, Ramón? ¿A dónde te habías ido?

RAMÓN: Tuve que arreglar un asunto, pero ya estoy aquí.

AMALIA: Si fuera así, me lo habrías dicho.

RAMÓN: No pensé que me fuera a tardar tanto.

AMALIA: Pues yo creo que sí, porque hasta tus cosas te llevaste. Si vas a dejarnos, vete, pero avisa para no estarte poniendo el cuerpo de todos los muertos de los que platican.

RAMÓN: Bueno, pues, pero ya estoy aquí. Ya no me voy a ir.

AMALIA: ¿Dónde están tus zapatos?

RAMÓN: Me los robaron.

AMALIA: ¿Cómo te van a robar esos zapatos, Ramón?

RAMÓN: Bueno, los perdí, no importa. Ya estoy aquí.

AMALIA: Fueron tres días, Ramón.

RAMÓN: Fui a ver algo de un trabajo,

pero las cosas no eran como me las habían contado. Luego hubo un problema y por eso, para poder regresar, tuve que esperarme un rato. Me iba a quedar unos días más lejos del pueblo, pero pasó algo y por eso pude volver rápido. Créeme, Amalia, si hice esto fue por los tres, pero me engañaron.

AMALIA: Ay, Ramón, ¿cómo puedes creerte todo lo que te dicen? Y lo de los zapatos sí importa, ¿con qué vamos a comprar otros? (*Se acerca a LUCÍA y le da el jarabe.*) A ver, Lucía, tómate esto que ya se está haciendo tarde.

RAMÓN: Hoy no, Amalia, por favor.

AMALIA: Por favor, Ramón. No empecemos otra vez con eso.

LUCÍA: Hoy no, mami, por favor.

AMALIA: Levántate, Lucía.

LUCÍA: No, mami, hoy no. Tengo frío. Por favor.

RAMÓN: Por favor, Amalia, sólo hoy.

AMALIA: (*Evita llorar.*) No me hagan esto, por favor. Lucía, acabo de gastarme el dinero que traía en ese jarabe para que te sientas mejor, pero necesitamos comer también. Levántate, por favor.

LUCÍA: No, mami, por favor, hoy no. Papá, dile que no.

RAMÓN: Amalia, sólo hoy.

AMALIA saca a LUCÍA de la cama y le quita la ropa. RAMÓN intenta detenerla, pero AMALIA la lleva hacia la ventana y la coloca, desnuda, entre la cortina y el vidrio. Regresa con RAMÓN, quien se sienta y bebe cerveza. AMALIA llora.

AMALIA: ¿Por qué me haces quedar así con ella? Como si yo quisiera hacerle eso. ¿Quién sabe qué tanto estuvieron hablando? Con lo que cuesta hacer que lo acepte más o menos de buena manera. Estos días que no estuviste, no sabes qué trabajo fue convencerla.

RAMÓN: No sabemos ser pobres, Amalia. Los demás se las arreglan, pero nosotros no sabemos.

§

ESCENA ONCE

Es de día. Casa de RAMÓN, AMALIA y LUCÍA. LUCÍA está sentada a la mesa remendando algunas prendas de ropa. Sobre la mesa hay una lata de cerveza. Tocan a la puerta. LUCÍA abre y se encuentra con ROSAURA, quien lleva dos bolsas grandes llenas de ropa. Las dos se sorprenden al verse.

LUCÍA: Buenas tardes.

ROSAURA: Hola. (*Observa detenidamente a LUCÍA.*)

LUCÍA: ¿Qué necesita?

ROSAURA: ¿Es aquí donde lavan ropa?

LUCÍA: Sí, mi mamá la lava.

ROSAURA: Ah, órale. ¿Y no está ella?

LUCÍA: No, se fue a trabajar. Regresa casi en la noche

ROSAURA: Ah, mira. Pues, es que traigo

estas dos bolsas con ropa y dar otra vez el viaje hasta acá, con ellas cargando, está medio pesado. ¿Te las dejo a ti, o cómo le hacemos?

LUCÍA: Sí, aquí puede dejarlas. Yo le digo a mi mamá cuando vuelva.

ROSAURA le entrega las bolsas a LUCÍA y toca accidentalmente sus manos.

ROSAURA: Tienes unas manos bien suavitas, hasta dan envidia. (*Le sonrío.*)

LUCÍA: Ha de ser por la cremita.

ROSAURA: ¿Qué te pones? A ver, comparte la receta, que yo quiero unas manos así de bonitas.

LUCÍA: ¿Quiere pasar?

ROSAURA: ¿No te regañan?

LUCÍA: No, no hay nadie.

ROSAURA entra y se sienta. Observa con de-

*talle el lugar y ve lo que hay sobre la mesa.
LUCÍA va por la crema.*

ROSAURA: ¿A poco estabas cosiendo esto? ¿No deberías estar ahorita en la escuela?

LUCÍA: Yo ya no voy a la escuela. *(Lleva a la mesa un tarro grande de crema.)*

ROSAURA: ¿Y eso? ¿A poco ya no quisiste ir?

LUCÍA: Mis papás no tienen dinero para mandarme y aparte estoy enferma.

ROSAURA: ¿De qué estás enferma?

LUCÍA: No sé bien... Mire, ésta es la cremita.

ROSAURA: ¿Cremita? Pues, lo que tiene de grandota, lo tiene de efectiva ¿Me puedo poner?

LUCÍA: Sí, señora.

ROSAURA: *(Abre el tarro y se pone la crema.)* Nunca me habían dicho señora.

LUCÍA: Perdón.

ROSAURA: No, ni te disculpes. Yo creo que es algo bueno, ¿no? Se oye de mucho respeto y yo nunca he tenido eso. Aparte viniendo de ti, se oye bien bonito.

LUCÍA: *(Sonríe de nuevo.)* ¿No quiere una cerveza?

ROSAURA: ¿Tienes?

LUCÍA: Sí, nada más que están calientes.

ROSAURA: Híjole, calientes no me gustan.

LUCÍA: Perdón, es que no tenemos refrigerador.

ROSAURA: Pues bueno, a ver, dame una.

LUCÍA: *(Saca una lata del cajón y se la da a ROSAURA. Se sienta frente a ella en la*

mesa y la observa.) Usted es muy bonita.

ROSAURA: ¿Tú crees?

LUCÍA: Sí.

ROSAURA: Pues eso sí es un halago, que otra bonita te lo diga.

LUCÍA sonríe y toma un trago de la cerveza que está sobre la mesa. ROSAURA le quita la lata.

ROSAURA: Oye, oye, no. Tú no puedes tomar eso. La cerveza es para gente grande.

LUCÍA: No, yo sí tomo.

ROSAURA: Pues no debes. Tus papás no deberían andar dejando esto por aquí cuando estás tú sola.

LUCÍA: No, pero yo sí tomo. Mi papá me dijo que tengo que tomarme una todos los días, es mi medicina.

ROSAURA: Ahora sí me saliste viva.

LUCÍA: En serio. Me dijo mi papá que la cerveza seca los líquidos que tenemos en el cuerpo y que yo necesito eso, porque estoy enferma de mis pulmones y se me tiene que secar todo lo malo que tengo ahí adentro.

ROSAURA: ¿Será? Pues suena raro, pero si tu papá te dijo, pues le creemos. Nomás no te vaya a gustar y que después andes ahí de borracha. Luego, lo que le pasa a una cuando está chamaca, como que se queda grabado y después ahí anda una cargando con eso para toda la vida.

LUCÍA: ¿A usted le pasó algo?

ROSAURA: Sí, pero ya no importa. Fue algo malo, pero... a mí como que me gustó, ¿sabes? Y ahora en eso me la paso. Por eso te digo que tengas cuidado. Ahorita sí, porque, como dices tú, es medicina. Pero ya que te alivies, le paras. A nadie le gustan las mujeres tomonas, y menos tan chiquitas.

LUCÍA sonríe y sigue cosiendo.

ROSAURA: (*Observa de nuevo el lugar.*) ¿Y a qué hora dices que llegan tus papás?

LUCÍA: Mi mamá, cuando ya está oscureciendo y mi papá, casi siempre está aquí todo el día. Es que él trabaja de noche.

ROSAURA: Ah, mira, igualito que yo. Qué bien. Aunque la verdad es que no, ¿eh? Si uno sabe buscar, a todas horas sale chamba.

LUCÍA: ¿En serio? Mi papá nunca encuentra nada.

ROSAURA: Ay, nena, pues, es que con los hombres es diferente. ¿Él en qué trabaja?

LUCÍA: Es el velador de la pensión de camiones que está después de la gasolinera.

ROSAURA: Ah, sí me habían dicho. La persona que me mandó para acá me dijo que estaba más cerca, pero sí se hace buen pedazo de la pensión para acá. Para mí que nomás me quería hacer caminar.

ROSAURA toma cerveza. LUCÍA continúa cosiendo la ropa y por momentos voltea a verla.

ROSAURA: ¿Qué tanto me ves? Hasta parece que nunca habías visto a una señora como yo en tu vida.

LUCÍA: Pues no, la verdad es que no... Hasta hace unos días.

ROSAURA: ¿A poco? ¿Quién era, o qué? Porque yo creo que está difícil encontrarse a alguien... Pues, así.

LUCÍA: Sí, muy difícil... La vi a usted.

ROSAURA: ¿Ah, sí? ¿Dónde me viste?

LUCÍA: Aquí afuerita, la vi por la ventana... La escuché también.

ROSAURA: (*Cambia su actitud y su tono de voz.*) A ver, a ver. ¿Qué crees tú que escuchaste, o qué?

LUCÍA: Todo lo que dijo, pero no se

preocupe, yo no voy a decir nada.

ROSAURA: *(La reta con la mirada.)*
¿Qué es lo que quieres? ¿Para eso ponen a la Virgen ahí en la ventana? ¿Para ver qué escuchan y a ver qué sacan?

LUCÍA: ¿Cuál Virgen?

ROSAURA: *(Sorprendida, observa detenidamente a su alrededor. Finalmente, su atención se centra en la ventana.)* Claro... Eras tú. Si ya decía yo que había visto tu cara en algún lado.

LUCÍA: ¿Quién?

ROSAURA: Y yo de pendeja, viendo para todos lados, buscando a la dichosa Virgencita.

LUCÍA: Mire, no sé si me crea, pero yo le puedo ayudar para que su esposo se vaya al “otro lado”. Es un lugar muy bonito, ¿verdad?

ROSAURA: *(Confundida, guarda silen-*

cio un momento.) Pues si es bonito o no, ahorita es lo que menos importa... Lo que sí me importa es, cómo tú me puedes ayudar.

LUCÍA: Eso no lo tiene que saber, sólo que yo le quiero pedir un favor también.

ROSAURA: A ver.

LUCÍA: Que cuando su esposo se vaya al “otro lado”, se lleve a mi papá con él.

ROSAURA permanece callada.

LUCÍA: Él quiere irse para allá, lo escribió en una carta. (*Saca la carta de abajo de su almohada y se la enseña a ROSAURA.*) Mire, si quiere puede leerla.

ROSAURA toma la carta y la lee.

LUCÍA: Por eso necesito de su ayuda. Yo también voy a ayudarla a usted.

ROSAURA pone la carta sobre la mesa. LUCÍA la recoge y va a ponerla en su sitio de

nuevo. Cuando toma la almohada, caen varios papeles doblados al suelo. ROSAURA lo nota y LUCÍA intenta recogerlos.

ROSAURA: ¿Qué es eso?

LUCÍA: Cartas.

ROSAURA: ¿De tu papá?

LUCÍA: (Coloca los papeles sobre la cama y pone encima de ellos la almohada.) No, de los hombres que vienen a la ventana.

ROSAURA: ¿Y por qué las pones ahí?

LUCÍA: Porque ahí es donde tienen que estar... También la de usted está ahí.

ROSAURA: Yo no te di ninguna carta.

LUCÍA: Ellos tampoco. Yo lo anoto todo.

ROSAURA: ¿Y en la mía anotaste todo lo que te dije ayer?

LUCÍA: No, sólo lo de que quiere que su esposo se vaya al “otro lado”.

Se miran fijamente en silencio.

ROSAURA: Está bien... Acepto. La verdad no entiendo nada o estoy muy pendeja, pero te creo.

LUCÍA sonríe.

ROSAURA: Te creo y sí, acepto lo que me pides.

LUCÍA: Gracias.

Las dos se quedan calladas viéndose, una a la otra, por momentos.

ROSAURA: Yo creo que ya me tengo que ir, si no va a llegar tu papá y me va a ver aquí muy sentada. Ahí te dejo las bolsas con la ropa... Y lo otro, ahí te lo encargo.

LUCÍA: No se preocupe.

ROSAURA: Tampoco me olvido de lo

tuyo. Ya con aquél, yo me pongo de acuerdo.

LUCÍA: Sí, está bien. Ya sé que usted no olvida sus promesas.

ROSAURA sonríe, abre la puerta.

LUCÍA: ¡Oiga! Que la proteja la Virgencita de la niebla.

ROSAURA se va. LUCÍA cierra la puerta. Recoge lo que hay en la mesa y saca su jarabe de un cajón. Lo lleva a la mesa junto con un vaso en el que vierte todo el contenido. Lo bebe hasta terminarlo. Camina hacia la cama y se acuesta en ella.



ESCENA DOCE

Es de día. CHEMA hace una llamada desde una caseta telefónica. Marca una vez, pero no contestan. Cuelga. Marca de nuevo.

CHEMA: ¿Rosaura? Soy Chema... (*Pausa.*) No, nada. Solo te quería avisar que me voy a tardar un rato en regresar. (*Pausa.*) Sí, estoy bien. Nomás que hubo un problema con la última carga. Tenía que recoger unas cajas, pero el que iba a llevármelas... Tuvo un contratiempo y no terminó de empacarlas, y tuve que irme sin ellas. Por allá andan un poco enojados por eso... (*Pausa.*) No, no te preocupes. No es peligroso. Pero es mejor que no me aparezca por un tiempo... En lo que se calman las aguas... (*Pausa.*) No sé... pronto. Pero sí voy a volver... Eso te lo prometo. Ya sabes que no aguanto estar lejos de ti mucho tiempo... (*Pausa.*) Oye, y... ¿allá está todo normal?... (*Pausa.*) ¿Qué cosas? Dime... (*Pausa.*) Oye, pero... ¿Tú estás bien? Si no, déjame ver cómo le hago. A lo mejor podemos vernos en otro lugar. ¿Cómo ves?... (*Pausa.*) Pero... ¿Te vendrías para acá con-

migo?... *(Pausa.)* No sabes qué gusto me da oír eso... Ahorita ya tengo que colgar, pero te llamo después para ponernos bien de acuerdo... *(Pausa.)* Cuídate mucho en lo que regreso... Y no se te olvide pedirle por mí a la Virgencita de la niebla.

CHEMA cuelga, sube a su tráiler y se aleja.

§

ESCENA TRECE

Está anocheciendo. Casa de RAMÓN, AMALIA y LUCÍA. RAMÓN se encuentra sentado a la mesa bebiendo una cerveza. La luz está apagada. Puede verse su silueta, escasamente iluminada, por la luz que entra, desde afuera, a través de la ventana. Se abre la puerta y entra AMALIA.

AMALIA: ¿Por qué te gusta estar siempre a oscuras?

RAMÓN: Así es mejor.

AMALIA: *(Enciende la luz.)* Mira cómo tengo las manos, todas agrietadas.

RAMÓN: ¿Te pagaron?

AMALIA: Sólo una parte.

Permanecen en silencio un momento.

AMALIA: Quítale el vestidito y párala en la ventana.

RAMÓN: Ya está dormida.

AMALIA: Pues ve y despiértala, o a ver con qué pagas tu cerveza mañana. Te dije que la entretuvieras.

RAMÓN: Pienso mucho en lo que pasa por la mente de esos hombres. ¿Se sentirán sorprendidos al verla ahí?

AMALIA: Deja de perder el tiempo preguntándote cosas y mejor ve por ella. Ya después piensas.

RAMÓN: Luego me imagino cómo reaccionaría yo. No me parece excitante, ni divertido, ni nada de eso. Probablemente me iría y pensaría en lo terrible que sería si fuera mi hija. Después recuerdo que lo es y sólo me dan ganas de dejarla dormir y no hacerlo nunca más.

AMALIA: También es mi hija, Ramón, y no le está pasando nada malo. Velo como una de esas cosas que los niños olvidan cuando crecen.

RAMÓN: También pienso en qué sentirá ella.

AMALIA: Ella no entiende.

RAMÓN: Pero se da cuenta. Tiene la mirada rara, como extraviada.

AMALIA: Le das muchas vueltas a las cosas, Ramón. En la vida no hay que pensarle, se hace lo que se necesita. Voy por ella. (*Levanta a LUCÍA de la cama, quien apenas puede ponerse en pie.*) A ver, Lucía, despiértate que con los ojos cerrados no se puede. Ya sabes cómo pararte, derechita y quieta como si fueras una muñeca. A ver, voltéame a ver. Se te están cerrando los ojos, Lucía. A ver, dime, si se te quedan viendo, ¿qué haces?

LUCÍA: Nada.

AMALIA: Y si te dicen algo, ¿qué respondes?

LUCÍA: Nada

AMALIA: Y si tocan la ventana, ¿qué haces?

LUCÍA: Nada.

AMALIA: *(Le quita el vestido.)* Córrele que ya es hora. Te quitas todo antes de asomarte.

LUCÍA camina hacia la ventana, tambaleándose.

AMALIA: ¿Qué le pasa, Ramón?

RAMÓN: Estaba dormida y tiene frío. ¿Qué quieres que le pase?

AMALIA: Es que está rara, como muy pálida.

RAMÓN: Está triste.

AMALIA: Te recuerdo que fue tu idea.

RAMÓN: Estaba desesperado, Amalia, pero ya no quiero que la pobre niña tenga que hacer eso. Además, ahorita hace frío.

AMALIA: Imagínate si yo dejara de lavar la ropa que me mandan porque hace frío. Si hay que trabajar, se trabaja. Pero qué vas a saber tú de eso, si es la primera vez que duras en un trabajo más de una semana. Aparte, precisamente por el clima es el mejor momento para hacer esto. Esos hombres pagan por calentarse, Ramón, no por ver a una niña abrigada asomada en una ventana.

RAMÓN: Todavía puedo escuchar en mi cabeza el sonido de sus zapatitos, corriendo por todas partes, cuando llegaba contenta de la escuela.

AMALIA: No empieces con eso de nuevo.

RAMÓN: A veces siento como si ya no estuviera aquí. ¿Te das cuenta de lo que le está ocurriendo? Ya ni siquiera se ríe.

Se quedan en silencio. RAMÓN sigue bebiendo cerveza. AMALIA dobla la ropa de LUCÍA y la coloca sobre la cama. Momentos después, comienzan a escucharse camiones que se estacionan cerca, luego voces.

AMALIA: ¿Qué se escucha?

Permanecen callados intentando escuchar el ruido inusual que proviene de afuera. Tocan con fuerza a la puerta.

RAMÓN: Es la policía.

AMALIA: Baja la voz, no vamos a abrir.

RAMÓN: ¿Qué vamos a hacer, Amalia?

AMALIA: Te estoy diciendo que te calles.

RAMÓN: ¿Y si es la policía? Las luces están encendidas, saben que estamos aquí. Te dije que no podíamos hacer esto por mucho tiempo, te lo estuve advirtiendo.

AMALIA: ¡Ya cállate, Ramón!

Tocan por segunda vez.

RAMÓN: Te dije que era peligroso y que hace demasiado frío. La niña tiene frío, ¿no la escuchas? Está temblando, tiene mucho frío. Lucía está tosiendo, ¿no la escuchas,

Amalia? Está tosiendo y la policía viene a buscarnos por eso, porque hace frío, porque la niña tiene frío y está tosiendo.

AMALIA: ¿Qué estás diciendo? Ya cállate, Ramón.

Tocan de nuevo. Permanecen, desesperados, en silencio un momento.

RAMÓN: Voy a abrir.

AMALIA intenta detenerlo. RAMÓN abre la puerta. Se escuchan cantos y alabanzas que provienen de afuera.

TRAILERO: Buenas noches. Disculpe que lo molestemos tan tarde.

RAMÓN: ¿Qué necesita?

TRAILERO: Hemos varias personas aquí afuera que, a pesar del frío, queremos agradecerles, a usted y a su esposa, por compartir con nosotros la bendita imagen de la Virgencita que ponen cada noche en su ventana. Si viera lo milagrosa que es...

RAMÓN: No... no lo entiendo.

TRAILERO: Le hemos pedido ya varias cosas y todas se nos han cumplido.

RAMÓN: ¿A qué se refiere?

TRAILERO: Que buena voluntad la de ustedes la de hacerle un altar tan bonito. Sólo que queríamos decirles que ya dejó de vérsese la carita.

RAMÓN lo escucha sin responder.

TRAILERO: Lo que sea que le ponen a la Virgencita para que se vea su imagen neblinosa con sus ojitos cerrados, ha cubierto la ventana por completo de vapor.

AMALIA: *(Se dirige a la ventana y recorre la cortina.)* Ramón, la niña no está.

RAMÓN intenta cerrar la puerta, pero el hombre lo detiene.

TRAILERO: ¿Se encuentra bien, señor?

AMALIA: ¿Dónde está la niña, Ramón?

RAMÓN se aleja de la puerta y AMALIA intenta cerrarla.

TRAILERO: Espere, no cierre la puerta.

AMALIA: ¿Qué es lo que quiere?

TRAILERO: Por favor, díganos cuál es el nombre de la Virgencita. Nosotros le llamamos “Virgencita de la niebla”.

AMALIA: ¿Pero, cuál Virgencita?

TRAILERO: La que está en la ventana.

AMALIA, consternada, voltea a ver a RAMÓN, quien se quita los zapatos y camina por toda la casa. AMALIA observa al hombre en la puerta de nuevo y luego fija su vista en la ventana.

AMALIA: ¿En la ventana? Pero... ella se llama Lucía.

TRAILERO: ¡Ah... Santa Lucía!

AMALIA cierra la puerta y RAMÓN apaga la luz. Recorre la cortina y ve, completamente empañado, el vidrio de la ventana. AMALIA llora y busca a LUCÍA. RAMÓN se acerca a ella y la abraza. RAMÓN está descalzo. AMALIA frota con fuerza sus manos que sangran. Afuera, los cantos continúan y puede verse el movimiento irregular de la luz de las veladoras, a través de la ventana.



ESCENA CATORCE

Es de noche. ROSAURA se encuentra a unos cuantos metros de la casa de RAMÓN, AMALIA y LUCÍA. Ve a su esposo llegar en una camioneta con PAULA, y a RAMÓN y AMALIA salir de la casa. Se suben a la camioneta y ésta arranca. ROSAURA, a lo lejos, se pierde entre la niebla. Oscuro.

§

La Virgen de la niebla, de Ariadna Aragón
se terminó de imprimir en noviembre de
2017, en los talleres de Los Otros Libros.

Pedro Hernández Valenciano núm.36.

Colonia Mineral de la Hacienda

Guanajuato, Guanajuato.

Tiraje de 100 ejemplares.

Contacto: ariadna.aragon09@gmail.com

